

Nyorai, etc. Hubiera evitado también que leamos *probabiuità* (10), *origianariamente* (25), *vitulosi* (26), *sillobario* (89), etc.

Peccata minuta en el conjunto de una obra bien trabajada y de gran calidad que puede servir de aliciente al profesor Silvio Calzolari para ofrecernos en adelante otros trabajos semejantes, tanto de la época Heian como de las posteriores, aunque no estén restringidas a la literatura taoísta. Con su *Il Dio Incatenato* el autor ha dado pruebas de su competencia en el terreno de la cultura japonesa.

Juan G. Ruiz de Medina
Istituto Storico de S. J. Roma

M. C. POUCHELLE, *Corps et chirurgie a l'apogée du Moyen Age*, Flammarion, Paris 1983 (Nouvelle Bibliothèque scientifique), 386 pp.

Henri de Mondeville, cirujano real en tiempos de Felipe el Hermoso de Francia, escribe su *Chirurgie* entre 1306-1320. A través de este importante y sólido testimonio, la autora de este libro canaliza y materializa sus hipótesis iniciales sobre la realidad del *cuerpo* en la Edad Media con el fin —nos dice Pouchelle— de «conducir a cada lector y a mí misma a las profundidades del presente». Las vivencias, las representaciones del cuerpo en la Edad Media, tal como se presentan en este libro, son algo muy cercano a las nuestras: por eso siguen vivas en nuestra realidad y por eso podemos participar intensamente de ellas.

Henri de Mondeville escribe en un momento en que se comienza a experimentar el desarrollo de la medicina universitaria, en que medicina y cirugía se convierten en vehículos válidos y conectan con el saber empírico y positivo; es, pues, un hombre «moderno», bien situado, convencido de que «algún día la ciencia podrá rendir cuentas por sí misma y totalmente de la creación y sus prodigios». Un médico empeñado en revelar secretos, en transmitir a sus alumnos, independientemente de su carácter letrado o iletrado, todos sus descubrimientos; por eso concibe su obra como una *Summa*, y ofrece por vez primera en Francia, a sus alumnos y discípulos —y a partir de ellos a la ciencia en general—, todo un conjunto del saber médico-quirúrgico en una misma obra: una obra que refleja asimismo un

pensamiento total basado en la ordenación y clasificación, en el cómputo y la enumeración; razonamiento concebido como un conjunto de inclusiones jerarquizadas. Simetría para el lenguaje del *Tratado*, que posibilita el estudio anatómico y la concepción del mundo.

Estos son, podría decirse, los planos conscientes; luego están los no conscientes, que se combinan con estos para convertir la *Chirurgie* en una auténtica *Summa*. De este modo encontramos, junto a la verdad científica de última hora, el rigor positivista, el pensamiento progresista, otro espacio del conocimiento reflejado en los valores simbólicos «no específicamente médicos, cuyas raíces seculares dibujan en filigrana un cuerpo sentido como familiar». Finalmente esta *Summa* del saber médico reúne, por un lado, la historia, y, por otro, un tipo diferente de temporalidad que «no progresa ni cambia, sino que permanece fuera del tiempo, presente inconscientemente». Así pues, una tensión entre pasado y presente, reminiscencias arcaicas y realidades de futuro. Ambos niveles se contraponen y se conjugan, se concilian y concurren. Pouchelle se pregunta con razón, ¿cómo pueden convivir en el seno de esta obra lo popular y lo racional? ¿Quiénes van primero, los pacientes o los alumnos? ¿A qué se debe atender en caso de conflicto, a la fe o a la razón?

Preguntas difíciles de contestar. M. C. Pouchelle quiere revivir desde dentro los espacios mentales de Mondeville y se sitúa en el interior del pensamiento de este médico francés de principios del siglo XIV. De este modo desarrolla el tema central de este libro, que lo divide en dos partes bien establecidas. La primera parte es de alguna manera aquella en que Mondeville habla, es decir, en la que muestra sus intenciones. Este médico es un hombre de ideas claras, que progresa, que se siente hijo de un mundo diferente en donde la sociedad cambia, el dinero circula. Sus preocupaciones son de esa esfera. ¿Qué es más importante, la defensa de la verdad científica o la defensa, el desarrollo y la consolidación del poder médico? Mondeville no vive en un mundo *aparte*, toca de pies a tierra y sabe que su subsistencia depende de su profesión, de un ejercicio sin trabas eclesiásticas, de un salario en último término. Y un salario que deberá obtener de sus pacientes. Es preciso amoldarse, pues, a las necesidades y a su psicología. Es igual que ello comporte el mantenimiento de lenguajes religiosos, de términos empíricos, o que haya que citar a las autoridades a cada paso sin dudar de su validez. Hay que desembarazarse en la medida de lo posible de la imagen negativa que lo asocia, como cirujano, a los carniceros, a los verdugos..., y lograr ese aura de demiurgo de que gozan los eclesiásticos como intermediarios divinos. Esta ambigüedad no impide el desarrollo de la ciencia; al contrario, la posibilita, la extiende en el inte-

rrior de otras profesiones «más lucrativas»: he aquí el carácter «moderno», muy «moderno», del pensamiento de Mondeville.

La segunda parte nos presenta a un Mondeville receptivo, que escucha, que entra y se deja arrastrar por una corriente mental que le sobrepasa pero que le es familiar, o como dice la propia autora: «lo imaginario corporal obedece en el seno de una cultura a unas reglas tales que pueda existir creación de imágenes originales para el sujeto que las concibe y sin embargo familiares a otros sujetos diferentes a él». En efecto, imágenes, metáforas que no son extrañas a las gentes de la época ni de épocas anteriores. Algunos escritores lo ponen de manifiesto: Hildegarda de Bingen, Jacques de Voragine, Henri de Lancastre, Barthélemy l'Anglais o G. de Saint-Thierry entre otros. Su objetivo, plenamente pedagógico, es facilitar una enseñanza más clara, hacer visible lo invisible corporal, lo cual pone de manifiesto hasta qué punto eran imágenes familiares a las gentes de la época, en especial a los estudiantes. Mondeville las utiliza conscientemente, pero sus contenidos le superan: son unos contenidos que evocan un mundo cerrado donde todo (oficios, sociedad, naturaleza, etc.) se relaciona de un modo jerárquico, por analogía con el cuerpo. Este cuerpo es concebido igualmente como realidad cerrada, se vive como algo plenamente masculino, pero soñado como femenino en tanto que ideal de lo cerrado, de lo replegado sobre sí mismo; aquel que mejor puede hacer frente al peligro de la invasión de lo externo, siempre acechante: invasión de la enfermedad, invasión, en definitiva, del mal.

El cuerpo, pues, está situado entre dos polos metafóricos: la naturaleza y la cultura. Naturaleza como espacio de la animalidad, de lo salvaje, de la devoración, de la enfermedad, y frente a ella la cultura como espacio de la domesticación, de la regeneración, de la salud. El médico, sólo él, y su oponente, el sacerdote, pueden domar esta naturaleza indómita. Pero además las metáforas concretas que se despliegan ante nuestros ojos son variadísimas (en diversos anexos de este libro se pueden contemplar al detalle, pp. 349-361) y confluyen en un objetivo común y eterno que sobrepasa a Mondeville: saciar el ansia de saber, esa necesidad que por la vía directa de la disección era sancionada como sospechosa y peligrosa (cuerpo lugar de actuación de las fuerzas trascendentes del Universo y reflejo de la colectividad).

Pouchelle concluye: «la representación metafórica en relación al saber anatómico es mucho más profunda de lo que parece, de modo que el avance de la segunda nunca supuso la desaparición de la primera, ni siquiera en nuestra época».

Libro, en definitiva, espléndido se mire por donde se mire: lleno

de erudición, de formación, sugerente, novedoso, pleno de vitalidad. Este libro satura de esperanza nuestra disciplina y permite una profundización en el contexto de lo imaginario de la sociedad medieval. Para concluir me gustaría hacer una pregunta (que en cierto modo se elabora en la actualidad en el interior del seminario de Historia Medieval de la Universidad Autónoma de Barcelona), ¿existe realmente una escritura de mujer, y esta obra, al fin y al cabo escrita por una historiadora, lo refleja?

J. E. Ruiz Domènech